

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

David G. Panadero

Los viejos papeles



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n<sup>o</sup>15—

MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DAVID G. PANADERO

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de cubierta © Harsanyi Andras  
Fotografía del autor en solapa © : Gustavo López

Primera edición: Noviembre 2016  
I.S.B.N: 978-84-945530-2-8  
Depósito legal: M-39430-2016  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*A mi padre, Pablo Cantú,  
que no ha podido leer esta novela.  
A mi madre, Nazareth, que abandonó en la prime-  
ra línea. ¿Hiciste bien, mamá?*

*A Carlos Pérez Merinero,  
Maestro y amigo de recuerdo imborrable.*

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

*Las apuestas están altas.  
Hay quien por menos vende el alma.  
Ahora ves las cosas claras.  
Yo aún no.*

091 «Este es nuestro tiempo»

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

PRIMERA PARTE

Casualidades,  
coincidencias,  
afinidades...

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

## I.

Tuvo que morir mi madre para que yo empezara a hacer mi vida. No mentiré diciendo que tomé la decisión la misma mañana en que la enterramos. No. Fue esa tarde cuando le llamé, y me citó para el día siguiente, a las cinco. No sé si fue ansiedad por mi parte o que ese día el tráfico andaba especialmente fluido, pero a menos diez estaba llamando a la puerta de su casa.

Me pidió que esperase a que bajara, y entretuve aquellos minutos imaginando su aspecto. ¿Se parecería a aquellos rudos pistoleros de sus novelas, o por el contrario tendría el aire de un señor acomodado? Quizás el hambre y las penurias de la posguerra hubieran dejado una huella imborrable en su rostro. Cuanto sabía sobre él se limitaba al aparatoso seudónimo de Matt Duke. Y, preguntando aquí y allá, acabé averiguando su verdadero nombre: Mateo Duque. En realidad, siempre me había figurado que se debía llamar así, o al menos de una manera muy parecida, ya que al firmar sus viejas novelitas del Oeste querría hacerse pasar por un autor extranjero, aunque sin falsear del todo su nombre. Pero claro, en aquellos pequeños libros nunca venía ninguna foto del escritor, que permanecía en un limbo de anonimato, de donde sólo le rescataría, de rescatarle, algún estudioso, algún enamorado del tema como yo.

Cuando por fin le tuve frente a mí, quedé desconcertado. No había esperar otra cosa; era un anciano. Pero no lo esperaba así. Los mitómanos pensamos que nuestros personajes favoritos nunca envejecen. No queremos que envejezcan los personajes ni tampoco los autores que los han creado. En nuestra memoria se mantienen como el día en que los conocimos. Pero el tiempo pasa

sin establecer diferencias, sin conceder privilegios de ningún tipo. Sí, era un anciano, y bajaba las cortas escaleras del portal agarrado al pasamanos, como si el vértigo le fuese a empujar al vacío, mientras miraba receloso hacia un lado y otro. Guardaba las llaves de su casa en el puño cerrado, como si alguien acechase con malas intenciones.

—¿Eres Arturo? ¿Arturo Iglesias?

—¿Quién si no?

Respondí con una sonrisa que trataba de inspirar confianza. Poco sabía del pasado del viejo escritor, aunque me había hecho a la idea de que gran parte de su vida había transcurrido en la clandestinidad, escondiéndose, y que aquella costumbre de vivir oculto había calado tanto en él, que seguía haciendo su vida así aún cuando había dejado de ser necesario.

Parecía un caballero propio de otros tiempos. Aquella tarde de septiembre era más bien calurosa, pero él vestía con americana y corbata, sin dejar suelto un solo botón del cuello. No sabría decir si lo correcto de su indumentaria era una deferencia hacia mi visita, o si solía vestir así hasta en el interior de su casa.

—¿Aceptarías dar un paseo por el parque? Está aquí al lado y es bastante agradable.

—Claro, es buena idea.

—La rodilla no me deja vivir. Más vale que camine un poco cada día, o acabaré por no levantarme de la silla.

Las cinco de la tarde es un momento del día tranquilo. La gente sigue anclada a sus puestos de trabajo, y sólo se ve por la calle a alguna madre joven, hermano mayor, o extranjera dedicada al servicio doméstico, que se dirigen a los colegios a recoger a los niños. Es la hora perfecta del día para pasear cuando no se tiene nada más importante que hacer.

—Te voy a ser sincero, Arturo. Nunca hubiera imaginado que alguien llegaría a recordar aquellas novelas mías. No sé qué atractivo podrían tener para la gente de hoy.

—Muchos crecimos con ellas. Y nos gusta atrapar esos recuerdos de la infancia. Son parte de nuestro pasado.

—Sí, son parte de nuestro pasado. Pero fíjate en aquellos chicos —Mateo me señaló a un grupo de niños que intercambiaban con entusiasmo unos diminutos cartuchos que contenían videojuegos—. ¿Te imaginas a alguno de ellos jugando a «Pat Garrett y Billy el Niño»? No creo que les atrajese la idea. Tienen sus propios artilugios para jugar. Aquellas novelitas las escribíamos gente pobre para que las leyese gente pobre. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

—¿Entonces ya no sientes tentaciones de sentarte otra vez a escribir? —pregunté al viejo Duke.

—Nunca se deja de escribir. No del todo. Aunque lo que hago ahora no creo que interese a mucha gente. Ahora no sigo ninguna disciplina, de hecho ni siquiera tengo ambiciones por abarcar un argumento entero. Sólo pequeñas reflexiones, ocurrencias aisladas...

—Claro. Imagino que así empiezan todas las historias. Siempre se parte de una inquietud propia, de una experiencia personal, sea de la clase que sea...

—Háblame entonces de tus inquietudes. ¿Qué quieres sacar en claro recordando todas aquellas novelitas de kiosco?

—Podría intentar quedar bien contigo, Mateo, y justificar mi empeño diciéndote que me interesa la educación antigua, las viejas formas de ocio, cómo la gente leía con voracidad esas novelas para intercambiarlas después en los kioscos... Pero en cierto modo, solo en cierto modo, te estaría mintiendo, porque lo que más me interesa es acercarme a mis recuerdos. Mi infancia transcurrió a principios de los años sesenta, me crié con mi madre, y no teníamos dinero para un televisor. Ella pasaba mucho tiempo fuera, sirviendo en otras casas, y yo pasaba tardes enteras leyéndote a ti, a Keith Luger, a Silver Kane... Con los años, cada vez se editaban menos novelas como las vuestras, pero mi madre

se mantenía reacia a comprar un televisor, así que mi pasatiempo favorito siguió siendo releer vuestras novelas, además de otras que iba descubriendo.

El parque fue quedando vacío de niños, y poca gente quedaba allí, salvo algún anciano que caminaba o alguna joven pareja demostrando su pasión de forma mal disimulada.

—¿Por eso quieres escribir un libro sobre nosotros?

—Eso es. Un libro dedicado a los escritores populares.

—¿Escritores populares? No termino de entender a los críticos literarios, siempre queriendo descubrir movimientos y tendencias en todas partes. En España no ha habido escritores populares. Únicamente unas cuantas personas algo imaginativas que trataban de salir adelante aceptando unas condiciones de trabajo espantosas, escribiendo unas historias que no siempre eran buenas, o que, mejor dicho, casi nunca lo eran.

—Sobre todo eso quiero escribir largo y tendido. Merecerá la pena. Quiero que quede un testimonio de todo esto.

Me costó mucho trabajo encontrar a algún superviviente de toda aquella época, pues casi todos los escritores de entonces ya habían fallecido. Algunos quedaban, pero no estaban en condiciones de mantener una conversación, y fue él, precisamente él, a quien leí hace tantos años, al que pude localizar. No le dije que casi todos sus compañeros habían muerto. No quise recordarle que su mundo estaba desapareciendo.

—Perdona que sea escéptico, joven amigo, pero no sé si todo esto va a interesar a mucha gente.

—En primer lugar, me interesa a mí. Y, siguiendo una lógica elemental, también puede interesar a muchas otras personas que han crecido en los mismos años y en un contexto parecido. Ya he firmado un contrato con una editorial modesta. No ganaré mucho dinero, pero el libro saldrá. «La novela popular bajo el franquismo». Ese será el título.

No me di cuenta, no me quise dar cuenta, de que el viejo llevaba

ya un buen rato lanzando miradas furtivas a su reloj de pulsera. El paseo que habíamos dado llegaba a su fin.

El sol refrendaba nuestra inminente despedida. Empezaba a esconderse en el horizonte, sacando brillos anaranjados al cielo, proyectando alargadas sombras de los edificios. De vuelta a su casa, Mateo aprovechó para detenerse en una bodega, donde compró una botella de whisky que acabaría bebiendo a solas.

Al despedirnos en su portal, no concretamos la fecha de un nuevo encuentro. Sólo eso saqué en claro de mi cita con Mateo Duque. Hay ancianos que mitifican los años de su juventud, que añoran encontrar un auditorio ante el que magnificar los hechos de su vida. Pero Mateo no era así, en absoluto. Si salió del portal aferrando con su puño las llaves de su casa, como el más preciado tesoro, entró con violencia, cerrando la puerta para impedir que nadie ni nada del exterior pudiese entrar detrás de él.

Ya eran casi las nueve de la noche, el momento de volver a casa para preparar algo de cena. Como tantas veces me sucede, me dio pereza coger el Metro. No me gustaba el ruido estrepitoso que formaban los trenes, ni tampoco me atraía la idea de viajar de pie, hacinado con el resto de los viajeros. Cogí un taxi.

Viajaba con la ventanilla bajada, respirando el ambiente de las calles en la cercanía de la noche. Y no dejaba de pensar en Mateo, en su perenne gesto de desconfianza, en ese aire taciturno de indiferencia, en su aparente autosuficiencia. Su momento había pasado, y él parecía asumirlo sin ningún tipo de derrotismo.

## II.

Pasé las noches siguientes leyendo *Whisky y plomo*, una vieja novela de Matt Duke. De quién si no. Es una novela muy breve; sus ciento veinte páginas bien podrían caber en el bolsillo de una camisa. Apuré las noches de una semana: leí con atención, muy poco a poco, deteniéndome en cada detalle. Habían pasado muchos años desde que la leí por primera vez. No recuerdo si más adelante volví a esta pequeña novela, aunque seguramente, tal y como he hecho con mis favoritas, habré rememorado pasajes concretos, me habré recreado en las frases que me resultaban más divertidas.

Esta revisión confirmó mi opinión inicial. Se trataba de una pequeña joya en bruto, una muestra de literatura de acción que, de haber sido mejor trabajada, podría haber alcanzado una calidad literaria aceptable.

*Whisky y plomo* comienza in medias res, como han de hacerlo todas las buenas novelas, cuando los acontecimientos ya se han producido y nada se puede hacer por frenarlos. Los protagonistas son cinco furtivos que tratan de pasar inadvertidos en un pueblecito del Oeste americano, trabajando jornadas enteras para un magnate que busca pepitas de oro, sometidos a las inclemencias del tiempo en medio del desierto. Los furtivos han decidido mantenerse juntos para pasar desapercibidos, pues ya han puesto precio a sus cabezas, y la huida no haría sino adelantar un catastrófico final. Rodeados de buscavidas de todas las procedencias, negros, chinos, ex presidiarios, que se prestan a trabajar en las tareas más pesadas, pueden confundirse entre ellos.

Los cinco delincuentes participaron en el asalto a un tren que acabó convirtiéndose en una verdadera escabechina, pues cuando

atacaron al conductor, frenó en seco y descarriló. No faltaron heridos, ni algún muerto entre los viajeros. Tuvieron que huir lo más rápido posible, con las manos vacías, y sabiéndose responsables de un golpe sangriento que sería vengado cruelmente.

La historia la cuenta uno de los furtivos, el taimado Tom, quien a lo largo de la narración justificará varias veces el título de la novela. Ha organizado algunos de los mejores robos por todo el sur de Estados Unidos. Cada vez que emprende uno, necesita un vaso de whisky para que no le tiemble el pulso a la hora de soltar plomo. Sin el alcohol se sentiría incapaz de matar una mosca.

A las pocas horas del asalto, Tom recibe la visita de un sheriff con el que comparte negocios turbios. No puede hacer otra cosa: delata a uno de sus compañeros a cambio de su libertad.

Llegado este momento, viene lo mejor de la novela: Tom decide no separarse del grupo de atracadores para no llamar su atención. Y a la vez debe pasar desapercibido para las fuerzas del orden. Ha de fingir naturalidad ante unos y otros, mientras cumple con su plan en silencio: conseguir que sus compañeros se maten entre sí, sin necesidad de que él tenga que apretar el gatillo.

Si algo me entusiasmó de esta lectura fue la intensidad de la trama, escupida a borbotones gracias a geniales estallidos de violencia. Aunque, y aquí se notan las prisas de la escritura, se van sucediendo una serie de acontecimientos inexplicables —el falso suicidio de uno de los furtivos, el tiroteo en el saloon donde fallece otro de ellos, pistolas que aparecen descargadas en el momento menos oportuno...—, acontecimientos poco planeados, ya que la única forma de poner en marcha todas esas muertes sería el formidable don de la ubicuidad de Tom. O tal vez el escritor se limitó a pensar una serie de pasajes sensacionalistas por separado, acentuando mucho su impacto, y los acumuló sin detenerse a buscar una lógica que diese cohesión.

Aunque me había quedado claro que Mateo Duque no quería ayudarme en mis investigaciones, volví a telefonarle para pedirle un último favor. Le llevaría esta novela para que me la dedicase. Ese era todo el recuerdo que quería conservar de él, y era todo a lo que podía aspirar. Se había encerrado en su mundillo, ajeno a lo que pudiese suceder fuera. Pero para mi sorpresa, accedió sin ningún problema a escribirme la dedicatoria. Me citó a las cuatro de la tarde, una hora antes de su paseo diario, pensé.

Cuando aquella vez llamé a su portal, temía que, de nuevo, me mandase esperar abajo. El caso es que me hizo subir. Me emocionaba la perspectiva, ya tan cercana, de conocer el lugar donde vivía.

Me abrió la puerta una menuda latinoamericana de piel oscura, que debía ser su asistenta, y me hizo pasar al despacho de Mateo.

La casa se encontraba pulcra, decorada con un estilo algo desfasado, aunque resultaba confortable, más de lo que cabría esperar en un viejo escritor que posiblemente no tuviese demasiados ingresos. Unos muebles solemnes de madera oscura —estanterías, mesas de diferentes tamaños, sillas— dominaban el salón, en cuyas paredes había un par de reproducciones de cuadros, de pintores de cuarta fila. Los cuadros, que mostraban paisajes y bodegones, eran lo suficientemente impersonales como para no revelar nada sobre él. Nada había allí que hablase de Mateo.

Más interesante me resultó el despacho, donde los libros se agolpaban en estanterías que abarcaban todas las paredes, aprovechando incluso el trozo de encima de la puerta. En esa habitación se encontraba sentado Mateo, leyendo el periódico mientras bebía en pequeños sorbos un café solo.

—¿Entonces cuál va a ser el libro que te voy a dedicar?

Le acerqué mi ejemplar de *Whisky y plomo*. Se quitó las gafas para verlo de cerca y lo observó con indiferencia, como si fuese la obra de otro. Escribió un par de líneas con letra de médico, y estampó su firma. Tardó sólo unos segundos.

No pude evitar fijarme en los libros de las estanterías, en la multitud de novelas de kiosco que había allí, y advirtiendo mi interés, Mateo me dio permiso para curiosear cuanto quisiera, aunque no se mostró demasiado hablador. Seguía atento a su periódico y su café, sin prestarme mucha atención.

Me entusiasmaba tener en mis manos tantas novelitas. Me entusiasmaba tanto como la primera vez que las leí. Iba pasando de una a otra, sin perder detalle de las estupendas ilustraciones de portada, fijándome en los sonoros títulos. Ya no recordaba cuáles había leído y cuáles no, pues en cierto modo todas venían a ser iguales, siempre con personajes parecidos. Por eso, para mí todas eran diferentes y a la vez una misma. Con todas me había sentido pletórico, me había sentido como ese pistolero solitario que planta cara a los poderosos, que defiende la libertad de los humildes.

— Parece que te tomas en serio ese libro tuyo.

— No puede ser de otra manera. Si no lo escribo yo, ¿quedará alguien que se tome la molestia?

Hubiera dicho cualquier cosa con tal de combatir el escepticismo de Mateo.

— ¿Y le dedicas mucho tiempo?

— A partir de ahora, le voy a dedicar todo el tiempo que necesite, hasta que lo vea publicado.

— Curioso trabajo. Así que tú también eres rentista.

Mateo no se molestaba en disimular su ironía.

— Pues no precisamente. He escrito hasta libros de cocina, he corregido manuales de autoayuda, he redactado artículos para revistas médicas... Me gusta escribir, y más aún cuando me pagan por ello. Pero se trata de un negocio complicado. Qué te voy a decir que no sepas ya; tú eres perro viejo en esto.

Me di cuenta de que mi explicación no saciaba del todo la curiosidad del viejo, de manera que decidí contarle algo más.

— Además, ha sucedido algo inesperado. Durante los últimos años mi madre ha estado a mi cargo, y he tenido que escribir

muchas páginas, muchas entrevistas, muchos reportajes para poder cubrir sus gastos. Ella ha fallecido hace poco, hace muy poco.

En su rostro inexpresivo apareció la sombra de una emoción, un gesto contenido de tristeza que nos sorprendió a los dos. Por alguna razón que se me escapaba, él no esperaba escuchar aquello. Y no supe discernir en ese momento si su gesto delataba una emoción tan intensa como me parecía, o si bien todo aquello eran pequeñas suspicacias, imaginaciones mías. Entonces seguí hablando.

—Mi madre llevaba muchos años enferma. Cada vez respiraba con más dificultad, y su corazón ya no funcionaba bien. Ni podía valerse por sí misma ni disponía de recursos para costearse unos cuidados profesionales. De manera que me fui a vivir con ella para facilitarle unas mínimas atenciones. Ahora ha fallecido, sí... Pero puedo salir adelante con menos dinero y dedicarle así más tiempo a mi proyecto...

La pesadumbre ensombreció el rostro de Mateo, que se mantuvo unos instantes en silencio, envuelto en sus pensamientos, la mirada velada, antes de empezar a hablar de nuevo.

—Yo quise mucho a tus padres.

Entonces el sorprendido fui yo. Todo esto empezaba a parecer un extraño malentendido o una broma de mal gusto. No era capaz de comprender nada. ¿Qué tendría que ver el viejo Matt Duke con mi familia?

—¿No eran Juan y Victoria tus padres? —él seguía desconcertándose.

—Sí, Juan y Victoria. ¿Los conociste?

—De eso hace mucho. Fue cuando éramos jóvenes. Entonces militábamos en la política clandestina; luchábamos contra el Régimen. Es curioso que recuerde sus verdaderos nombres, ya que por aquel entonces todos usábamos nombres en clave, apodos... Únicamente los vi dos o tres veces. Y de eso hará cuarenta años.

¿Te sonará a tópico si digo que parece que fue ayer, que los veo con tanta claridad como si ahora estuviesen frente a mí? En aquella ocasión, nos habían encargado que diésemos publicidad a una huelga general que se iba a convocar. Teníamos que repartir folletos a la salida de las fábricas. Al final no se celebró esa huelga, y tampoco volví a coincidir con ellos. Pero siempre los he recordado. Tenían una fuerza especial. Cualquiera que los haya tratado debería recordarlos. Esto es así.

Sus palabras decrecían conforme iba hablando, hasta convertirse en susurros, y daba la impresión de que ya estaba todo dicho. Quizás él no tuviese ganas de contar nada más, y el caso es que a mí tampoco me apetecía continuar. Prefería que se quedase allí el viejo con la compañía de sus recuerdos. Yo saldría a hacer mis cosas. Eso era todo: una simple coincidencia. Tres militantes en medio de una multitud de revolucionarios y policías. Quizás acababa de sepultar otro de sus recuerdos de juventud al hacerle saber que mi madre había muerto.

Editorial CUADERNOS DEL LIBERATO